

María Esperanza Casullo y Harry Brown Araúz. *El Populismo en América Central. La pieza que falta para comprender un fenómeno global*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2023. 288 páginas. ISBN 978-987-801-276-6.

SALVADOR MARTÍ I PUIG

Universitat de Girona

El populismo ha muerto. ¡Larga vida al populismo! Este podría ser el subtítulo del libro que María Esperanza Casullo y Harry Brown Araúz han ideado y editado, agrupando a un excelente grupo de investigadores procedentes de Centroamérica, Sudamérica, Europa y Estados Unidos. Empiezo con la exclamación de ¡Larga vida al populismo! porque en América Latina –y ahora en casi todo el mundo– tanto la vida política de las democracias plenas como las iliberales, pasando por la de los regímenes híbridos y autoritarios, sólo se pueden interpretar –y reinterpretar– a través de liderazgos que casi siempre tienen rasgos populistas. Es más, en un mundo hiper-conectado en el que las redes dan cuenta de cada uno de los pasos de nuestros líderes, es posible afirmar que hoy casi todo el mundo es populista. Las campañas electorales y las iniciativas gubernamentales necesitan ganchos atencionales que, casi por imperativo promocional, convierten a los líderes y a los gobiernos en populistas.

De todas formas, el libro no pretende decir que todos los políticos centroamericanos sean populistas, aunque a veces quien lo lea pueda entender eso, pero no es así. Lo que el libro indica es que el estudio del populismo –tan recurrente en los análisis de las experiencias políticas de América del Sur– ha estado prácticamente e inexplorado en Centroamérica.

Pero antes de empezar Casullo y Brown señalan –en un preciso capítulo introductorio– de forma sintética y clara las cinco acepciones que se le pueden dar al populismo, a saber: como un «desvío» a la teoría de la modernización, como una ideología delgada, como un tipo de organización, como un marco discursivo, o como una *performance* pública de la diferencia sociocultural. Ciertamente, el populismo puede tener las cinco acepciones a la vez –así ha ocurrido en los populismos clásicos de la primera generación– aunque muchas veces a alguna expresión política se la ha tildado de populista cumpliendo sólo una de las cinco. Sin embargo, para que una expresión política lo sea, tiene que cumplir (tal como señalan Muddle y Rovira Kaltwasser, 2017) tres núcleos ideacionales: una visión maniquea de la realidad que la

divide entre un nosotros y un ellos; un fuerte impulso anti-elitista (con su definición particular de élite); y una apelación a la voluntad general como fundamento plebiscitario y último de la acción política.

A partir de esta caja de herramientas analíticas Casullo y Brown señalan con tiento que no hay una definición normativa de populismo, como sí la hay de buena parte de los conceptos clave de política –como pueden ser democracia, liberalismo o república. De esta constatación se deriva que el estudio del populismo es necesariamente inductivo, que parte de la observación casuística y, en base a la misma, se extraen los elementos que pueden ser clasificados –o no– de piezas a partir de las cuales se confecciona el puzle populista. Un puzle que en el caso latinoamericano da cuenta de una vocación inclusiva e integradora, si bien, parafraseando a Casullo pueden tratarse de «populismos que pegan para arriba» si el centro de las críticas son élites de poder (económico, social o político) o «populismos que pegan para abajo» si se ceba en sectores disconformes, migrantes, pandillas o mareros a los que «se debe» combatir.

Volviendo al libro, cabe decir que este se compone, además de una presentación realizada por Ernesto Semán y la introducción de carácter teórico (a la que hemos hecho referencia), de ocho capítulos dedicados a países de la región –Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala– y a dos repúblicas caribeñas –República Dominicana y Cuba (ambas en modo *excursus*)–, y de dos capítulos con voluntad conclusiva, uno que muestra un análisis de campos narrativos del discurso de líderes actuales presentes en la región y otro de conclusiones. Así las cosas, el libro es un compendio de estudios de caso realizados a partir de un formato guía con el fin de poder establecer la presencia o no del fenómeno populista en Centroamérica y en dos de las grandes islas antillanas.

En este sentido, este libro es un estudio pionero, ya que hasta la fecha se ha vinculado la región con otro tipo de literatura de desarrollo político, mucho más vinculado al debate sobre despotismo reaccionario y patrimonial, fruto del artículo seminal de Enrique A. Baloyra-Herp y de las visiones de desarrollo insuficiente, desarticulado y truncado elaboradas por Víctor Bulmer-Thomas desde la política económica, James Dunkerley desde la ciencia política y Edelberto Torres-Rivas desde la sociología política. Es precisamente por ello que vale la pena su lectura, pues se trata de un trabajo seminal del que se pueden derivar posteriores investigaciones.

Es por tratarse de este tipo de trabajo que hay algunos elementos y premisas que pueden discutirse, tanto por los casos tratados como por centrarse más en el enfoque normativo del populismo que no en las políticas de organización y articulación social y de políticas sustantivas del primer populismo. En este sentido, en el libro no se incluyen las reflexiones de los autores –como Carlos María Vilas– que afirman que el populismo fundacional fue, sobre todo, un proceso de inclusión y democratización fundamental en los países en que se dio. Este tema, el de la inclusión

de nuevos sujetos y actores en la arena política no es baladí, pues la forma en que se han conformado las arenas políticas –y los subsiguientes clivajes en las democracias occidentales y latinoamericanas– tiene que ver, tal como se expone en la extensa obra de Ruth Berins Collier y David Collier titulada *Shaping the Political Arena: Critical Junctures, the Labor Movement, and Regime Dynamics in Latin America*, con ese proceso. Debatir con Vilas o los Collier hubiera sido de interés a la hora de señalar que los populismos centroamericanos (donde se dan, que no es en toda la región) se desarrollan más como un mimetismo performativo (mostrando un líder carismático, un discurso antagonista, una voluntad plebiscitaria y una negación a la mediación y a la institucionalidad) que como una forma de organizar grandes grupos sociales a partir de sindicatos leales a los que movilizar a cambio de bienes, servicios y una identidad plebeya previamente dignificada.

Por eso, los primeros líderes o caudillos que tienen algún tinte populista en la región –como Belisario Porras, Arnulfo Arias, Rafael Ángel Calderón Guardia, y Anastasio Somoza García– no acaban de serlo. Algunos por ser directamente caudillos autoritarios de verborrea plebeya, y otros por no tener elementos fácticos para organizar un estado corporativo que vehiculara sus anhelos. Descarto de este paquete a Rafael Trujillo por patrimonial y cleptómano (además de sanguinario) y a Augusto César Sandino que –si bien es antiimperialista– es más deudor de los revolucionarios-bandidos de la revolución mexicana que otra cosa. Tampoco creo que los artífices de la primavera democrática guatemalteca –los esforzados social-laboristas de Juan José Arévalo y Jacobo Árbenz– pudieran agruparse en dicha categoría. Otra cosa es Omar Torrijos, personaje simpático después de leer *Conociendo al general* de Graham Green, al que su forcejo con Washington y su simpatía financiera para con las guerrillas de la región lo pueden acercar a un primer populismo performativo antiimperialista, si bien a quien correspondería darle este calificativo sería a su secretario y colega Chuchú Martínez –al que los Mejía Godoy le dedicaron incluso una canción de obituario.

Tampoco, igual que lo hacen los autores del capítulo sobre Nicaragua, creo que pueda clasificarse como populista al primer Daniel Ortega, Comandante de la Revolución y Presidente en el período 1984-1990, ni mucho menos el segundo, que vuelve al poder en 2007. En todo caso, si se tuviera que calificar de populista alguno de los nueve comandantes de la Dirección Nacional del FSLN, este sería Tomás Borge, que era el comandante al que más le gustaba hablar y andar por los mercados de Managua –con predilección del Mercado Oriental, el más popular de todos. Me guardo la opinión sobre Fidel Castro, si bien su personalidad da para clasificarlo en cualquier categoría de político expansivo que pueda realizarse. Esta última afirmación se cimienta en que más allá del líder máximo de la Revolución Cubana, el experimento político en la mayor de las Antillas debe encuadrarse en las experiencias socialistas soviéticas, alejadas de las populistas.

Otra cuestión es el estudio y análisis de los nuevos populismos en la región, donde sí es posible identificar a líderes populistas de diversa consistencia y orientación ideológica. Efectivamente creo que sí se puede identificar perfectamente a los políticos como Arnoldo Alemán, Manuel Zelaya, Jimmy Morales, Ricardo Martinelli, Nayib Bukele o Rodrigo Chávez. De todos ellos la mayoría se autodefinen como *outsiders* y sin una adscripción ideológica clara, siendo las excepciones Arnoldo Alemán que se encuadraba en el Partido Liberal, uno de los partidos de derechas más tradicionales de Nicaragua, y en inicio Manuel Zelaya, que llegó a la presidencia a través de la formación en la que militó toda su vida, el Partido Liberal de Honduras, siempre moderado. El resto de los líderes se han querido definir más a través de *issues* que no a partir de registros ideológicos. Así las campañas de estos últimos se han centrado en la seguridad, la anticorrupción, el desprecio a la política tradicional o, en la campaña actual de Martinelli, en una supuesta sabiduría que lo asemeja a un «gurú». De esta casuística se han categorizado, desde la Academia, diversos tipos de populismos, a saber, «populismo de refundido» en el caso de Zelaya, «populismo punitivo» con Bukele (si bien existía ya una larga tradición de estas políticas en El Salvador), «populismo místico» de Morales, «populismo reguetonero» en el caso de Martinelli, o «populismo autoritario» con Chávez en Costa Rica. A decir verdad, sin embargo, estas clasificaciones (que he usado libremente) sirven para poco, siendo lo más relevante analizar cuáles son los puntos de conexión simbólica entre los líderes y sus bases y, sobre todo, la relación existente entre estos líderes y las instituciones (que generalmente es de desprecio) y las políticas públicas que despliegan sus administraciones en los ámbitos de seguridad, economía, fiscalidad y servicios sociales.

Obviamente se podría discutir y desmenuzar mucho más la obra aquí reseñada y, sobre todo, discutir sobre los líderes y países de los que trata, sin embargo, destacan del libro dos elementos: uno metodológico y otro sustantivo. Respecto del metodológico cabe señalar el análisis realizado de los campos narrativos del populismo regional, que se identificaron a través de una rigurosa encuesta telefónica hecha especialmente para este libro. Respecto del sustantivo, destaco dos hallazgos, uno sobre la singularidad patrimonial y pactista del populismo regional, y otro que el populismo contemporáneo de América Central no tiene enemigo externo, ni siquiera los Estados Unidos, que fue el enemigo externo favorito durante el siglo pasado y de los populismos bolivarianos de principios del siglo XXI, siendo la excepción Bukele, aunque no apunta exclusivamente a Estados Unidos, sino a algo con mucha plasticidad que él llama «la comunidad internacional». Para cerrar, sólo quiero apuntar que se trata de una obra necesaria, de buena factura, original y que, como todo buen libro, abre un camino que se deberá desbrozar a partir de nuevos estudios deudores del compendio editado por Esperanza Casullo y Harry Brown Araúz. Felicidades.